

EL AMIGO...

ALGUNAS tardes: cuando el sol se enreda en el balcón, dibujando nidos de oro, de golondrinas, o formando panales con sus avispas amarillas, en los rincones de sombra y telaraña... Entonces, llega el amigo.

El niño le espera, tumbado en su hamaca, dormitando.

Y llega el amigo: con su andar ligero y oscilante, como pluma. Cual si pisara cosas vivas, y temiera dañarlas. Ondulante; con la gracia del riachuelo que salta la montaña. De su paso menudo: delicadeza.

Su pelo rojo, tan suave, que se dijera niebla o luna. Sus ojos verdes, soñadores de pájaros vivos. Ojos misteriosos que miden lo profundo. Se diría que el tiempo resbala de su redonda mirada. El gato.

Y el amigo se acerca, roza con sus bigotes blancos los pies chiquitos del niño: rosa tibia y junco sensitivo.

El niño le acaricia; y hay un rebrillar de aguas verdes, de esmeraldas, por las pupilas del gato. Y el rumor de su alegría, como el de un mar lejano. Rumor de caracoles, de algas, y de peces rojos, que sangran a la luna sobre el agua. Rumor de la selva. Antiguo rumor de sus antepasados, cuando devoraban la presa, aun palpitante. Cuando cazaban con el tigre. Rey de los felinos. Su rumor llena el silencio.

Y el niño le acaricia. Le habla de estrellas y de sueños. Y del príncipe que una bruja convirtió en naranjo. Y del corazón diminuto de los soldados de plomo, que ganaron mil batallas... Del dolor del viejo reloj, que no da las campanadas desde que murió la pastora de porcelana que él amaba en secreto.

De la tristeza de una rosa de papel, que nunca tuvo perfume.

Le habla de las nubes, donde las palomas pican algodón y nata.

Y del viento, que anida entre los árboles y esparce las semillas.

Y de la campana de la Iglesia, que canta y llora.

Y el amigo le escucha, parece entenderle. Parece comprender la música de sus palabras. Y el niño le sonríe. Le echa sobre sus rodillas. Y el gato mueve la cola, que es como una serpiente.

A veces el niño canta:

«Duérmeme mi gato, gato,
que un pez te viene a mirar.
Gato, gato, gato, gato,
que un pez te quiere pescar.»

Y el gato abre la boca, y es como si sonriera. Y el niño canta y canta...

Las avispas del sol marchan por el campo. Es la hora de la merienda. Y el niño pone leche al gato en una jarra amarilla. Y el amigo bebe, satisfecho, mientras su run, run, se apaga y se enciende.

ALEJANDRO GAGO

Stabat Mater...

Ausente de ti misma,
toda llena de un dolor que te vacía,
estás junto a la Cruz.
Espumas del oleaje en que naufragas
nublan tus claros ojos
en ondas fieras que rinden servidumbre
cuando tus costas besan.
En tus crispados dedos
se quiebra la soberana angustia
que dentro se redondea sin caminos
y amenaza tu seno sin manchilla
con ancha y dolorosa plenitud.
Quema tus venas el voraz incendio
de una sangre que la Sed enciende
porque estás ya sin Sombra
en medio del Desierto de tu Soledad sin rastro.
Tu carne como piel sin gracia
que ha perdido la semilla que la henchía,
desmaya empobrecida y hueca,
Toda tú eres la Ruina.
La ruina informe y desolada
de un mundo que perdió cimienta
porque ha negado al Verbo a cuya imagen
todo se configura.
Toda tú eres la Pena.
La Pena que es el alarido
con que se pierde el Hombre a sí mismo
cuando mata lo que somos
lo que al morir nos borra con su ausencia.
Toda tú eres el Miedo.
El miedo que es la congoja
que nos atenaza,
cuando el vacío nos queda extraños
en sombras y en desamparo.

Toda tú eres la Ruina, la Pena y el Miedo.
 Pero sólo para salvarnos
 del miedo, la pena y la ruina nuestros.
 Estás junto a la Cruz
 como muralla firme
 que a todos nos defiende del Naufragio.
 Como entraña que el Ser ha dilatado,
 para tragarse el abismo del No-ser
 que va a matar al Hombre.
 Como faro que ofende y apuñala
 la sombra en que la Muerte nos acecha.
 Estás junto a la Cruz, oh Madre mía,
 y allí estoy junto a Ti.
 En tu seguro,
 seguro de mí mismo,
 mi ruina se restaura
 y vuelvo a hallarme todo entero
 acompañado y firme.
 En pié, con tu materna ayuda,
 vuelvo a reconformarme
 a imagen de Aquél que lo restaura todo
 restaurando la Carne que le diste
 para abrazar mi carne derruída.
 Entero y verdadero
 con el meollo que me robó la Mancha,
 dejándome sin sustancia,
 y que rescato por tu cauce,
 de la Abundancia del Ser que nos redime.
 Sereno y amparado.
 porque me asiste el Todo.
 El Todo inabarcable
 que me hinche y me sostiene
 me rodea y me levanta
 y me viene de Ti (como en reflejo).
 Otra vez Madre del Hombre,
 Madre mía.

CACERES, VIEJO CACERES...

NACEN estas notas intrascendentes de un sentir y un pensar que tuvimos a la par de nuestra andadura por el viejo burgo cacerense, envuelto en el sosegado silencio de su abandono, en sazón que el cielo se manifestaba intensamente azul y tachonado ya de estrellas inciertas. Habíamos dejado a nuestras espaldas la Plaza Mayor, alargada, resbaladiza y olorosa de rancias abacerías tenebrosas, para subir la escalinata que nos enfrenta, pasado el llamado Arco de la Estrella, con la intensidad emotiva de sus piedras, cargadas de siglos y de recuerdos. Ibamos pensando que las piedras tienen un doble valor cuando con su postura artificiosa levantan a la realidad humana del mundo el objeto de una idea práctica, para albergue actual o reposo yerto. Es decir, para habitación o tumba. En este caso tienen el que pudiéramos llamar su valor primigenio, esencial, constituyéndose después en símbolo representativo del espíritu, del espíritu de la civilización que las levantó, y como tal—con su mudez estática—hablan a la posteridad. Y éstas nos dijeron así, cuando rompíamos la paz silente de su ámbito: Cáceres, el viejo Cáceres del derruído recinto murado, no es otra cosa que una pétreo y eternal evocación del mejor tiempo caballeresco. Y nosotros dimos nuestro asentimiento, pues es la pura realidad. Antaño fué su albergue y hoy es su evocación, su férvido canto. Que aun se mantiene, materializada, en estos lugares recoletos la canción laboriosa y artesana de los cinceles labradores del granito, eternizando un canto aun más noble, más elevado, y que los ignotos canteros aquellos ni se lo imaginarían siquiera. No les sería dado saber lo que sus pulsos legaban a golpes de punta acerada. Pero nosotros sí lo sabemos; porque nos lo dicen las nobles piedras doradas al pregonar una época que, haciendo una crítica de las almas y los tiempos, se tendrá como el más genuino florecimiento racial, acaso porque en su ambiente fructificaron espléndidamente los anhelos de imperio...

En tanto meditamos esto, discurrimos la callejuela que hallamos al pasar el Arco y llegamos a una placita, la de Santa María, tan solitaria, tan silenciosa, de empedrado suelo con trozos blancos de caminos enlosados y presencia de imponentes mansiones señoriales. En ella hay también, como ocurre en casi todas las plazuelas viejas de las vetustas ciudades, una iglesia, que es gótica, con reminiscencias románicas, y en cuyo interior, en el piso, en los muros, o en los rincones discretos de oscuras capillas, se muestran, desgastadas, borrosas, unas laudas timbradas. En el recinto de la plaza nos detuvimos un momento para saborear la poesía que empapa cada edificio, cada rincón, cada piedra, asperjada en lluvia de recuerdos, como el moho que de ella se escapa, se diluye y suspende en el aire,